

GEORGES SIMENON

PEDIGRÍ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Pedigree*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.  
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

PEDIGREE © 1948 by Georges Simenon Limited,  
todos los derechos reservados  
PEDIGREE © 2015 by Georges Simenon Limited,  
todos los derechos reservados  
GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2015 by Núria Petit Fontserè  
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-64-3  
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 849-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## PREFACIO

Hasta hace poco aún estaba de moda que un autor presentase cada una de sus obras con un prefacio, un prólogo o una advertencia que en cierta forma lo ponían en contacto directo con el lector, hasta el punto de que la fórmula «Querido lector» era casi tan corriente como en la radio el famoso «Queridos oyentes».

No sé si es porque actualmente los periódicos, con sus entrevistas, sus reseñas y sus encuestas literarias no dejan que los lectores ignoren nada de las intenciones y la vida de los escritores, pero lo cierto es que esa moda ha caído en desuso.

Con motivo de esta nueva edición de *Pedigrí*, no puedo resistir la tentación de recurrir a esa costumbre del pasado, por razones diversas y sin duda poco perentorias. Me han preguntado, y todavía me preguntan continuamente, acerca de este libro; se ha escrito mucho sobre él, y no siempre lo que se ha escrito es cierto. También sé que André Parinaud me hace el honor de dedicarme un importante estudio en tres tomos con el título abrumador de *Connaissance de Simenon*, que está a punto de salir y que aún no he leído. Al parecer, busca en *Pedigrí* la explicación, si no de mi obra, sí al menos de algunos aspectos y de ciertas tendencias.

¿Me tacharán de presuntuoso por dar aquí, muy sencillamente, algunos detalles de primera mano?

*Pedigrí* no fue escrito ni de la misma forma, ni en las mismas circunstancias, ni con las mismas intenciones que mis otras novelas, y por eso sin duda constituye una especie de islote dentro de mi producción.

En 1941, cuando me hallaba retirado en Fontenay-le-Comte, un médico, a la vista de una radiografía sospechosa,

PREFACIO

me anunció que me quedaban como mucho dos años de vida y me condenó prácticamente a la inacción completa.

Por aquel entonces yo sólo tenía un hijo de dos años, y pensé que cuando fuera mayor no sabría casi nada de su padre ni de su familia paterna.

Para colmar en parte esta laguna, compré tres cuadernos con tapas de cartón jaspeado y, renunciando a mi habitual máquina de escribir, empecé a contar en primera persona y en forma de carta una serie de anécdotas de mi infancia al muchacho que un día me leería.

A la sazón, yo mantenía correspondencia con André Gide. Le picó la curiosidad. Tenía ya unas cien páginas escritas cuando me manifestó el deseo de leerlas.

La carta que Gide no tardaría en enviarme fue, en definitiva, el punto de partida de *Pedigrí*. Me aconsejaba, aunque mi intención seguía siendo dirigirme únicamente a mi hijo, que retomase la narración, no ya en primera sino en tercera persona para darle más vida, y que la escribiera a máquina como había hecho con mis otras novelas.

Las aproximadamente cien páginas originales de los cuadernos fueron las que publicó en 1945, en una tirada limitada, *Presses de la Cité* con el título, elegido en mi ausencia por el editor, de *Je me souviens* [Recuerdo]. Y el texto fue retocado para suprimir lo que pudieran considerarse retratos.

En cuanto al nuevo texto, compuesto después de la carta de Gide, si bien en su primera parte es muy parecido al primero, no por ello debe dejar de ser visto como una novela, y ni siquiera me gustaría que se le pusiera la etiqueta de novela biográfica.

Parinaud me preguntó mucho sobre este punto durante nuestras conversaciones radiofónicas de 1955, queriendo a toda costa identificarme con el personaje central de Roger Mamelin.

Yo le contesté con una frase, que tal vez no sea mía, pero que asumo de nuevo: «En mi novela todo es verdad pero nada es exacto».

PREFACIO

Por otra parte, confieso que, una vez terminado el libro, estuve mucho tiempo buscando el equivalente del maravilloso título que Goethe dio a sus recuerdos de infancia: *Dichtung und Wahrheit*, que con mayor o menor acierto se ha traducido como *Poesía y verdad*.

La infancia de Roger Mamelin, su ambiente, los lugares por los que se mueve, están muy cerca de la realidad, al igual que los personajes que él observó.

La mayor parte de los acontecimientos no son inventados.

Pero, especialmente en lo que a los personajes se refiere, he usado el privilegio de recrear a partir de materiales heterogéneos, respetando más la verdad poética que la verdad propiamente dicha.

Esto no se ha entendido bien, hasta el punto de que por unos rasgos faciales, un tic, un parecido en el nombre o en la profesión, muchas personas han creído reconocerse y algunas me han llevado a los tribunales.

Por desgracia, no soy el único al que le ha ocurrido; muchos de mis colegas han tenido la misma experiencia. Es difícil hoy día dar un nombre, una profesión, una dirección y hasta un número de teléfono a un personaje de novela sin exponerse a demandas judiciales.

La primera edición de *Pedigrí* concluía con la mención «Fin del primer tomo», y todavía hoy recibo cartas preguntándome cuándo saldrán los siguientes.

Abandoné a Roger Mamelin a los dieciséis años. El segundo tomo debía narrar su adolescencia, el tercero sus inicios en París y su aprendizaje de lo que en otro lugar he denominado «el oficio de hombre».

Dichos tomos no han sido ni serán nunca escritos porque, entre los centenares de personajes episódicos que habría tenido que poner en escena, ¿cuántos me habrían costado nuevas condenas por sustanciosos daños y perjuicios? Prefiero no pensarlo.

Cuando la obra se reeditó en 1952 en una nueva edición,

PREFACIO

dejé prudentemente en blanco, tal vez no sin cierta intención irónica, los pasajes incriminados, conservando sólo unos inocentes signos de puntuación, y en una breve advertencia responsabilicé de esas lagunas a los tribunales.

En la presente edición, ya no figuran esos espacios en blanco. No sin cierta melancolía, hasta he renunciado a la intención irónica y he suprimido de mi libro todo lo que pudiera parecer sospechoso u ofensivo.

Lo cual no me impide repetir, y no por prudencia sino por afán de veracidad, que *Pedigrí* es una novela, y por lo tanto una obra en la cual predominan la imaginación y la recreación, aunque admito que Roger Mamelin tiene muchos rasgos en común con el niño que yo fui.

GEORGES SIMENON

*Noland, 16 de abril de 1957*

I

Abre los ojos y durante unos instantes, varios segundos, una eternidad silenciosa, nada ha cambiado en ella ni en la cocina a su alrededor; por otra parte, ya no es una cocina, es una mezcla de sombras y de reflejos pálidos, sin consistencia ni significado. ¿Tal vez el limbo?

¿Ha habido un instante preciso en el que los párpados de la durmiente se han entreabierto? ¿O acaso las pupilas se han quedado enfocando el vacío como el objetivo del cual un fotógrafo ha olvidado bajar la cortinilla de terciopelo negro?

Fuera, en algún lugar—simplemente en la rue Léopold—, discurre una vida extraña, sombría porque ya ha oscurecido, ruidosa, apresurada porque son las cinco de la tarde, mojada, viscosa porque llueve desde hace varios días, y los globos lívidos de las lámparas de arco parpadean frente a los maniqués de las tiendas de confección, y los tranvías pasan arrancando con el extremo del trole una chispa azules, aguzadas como relámpagos.

Élise, con los ojos abiertos, aún está lejos, en ninguna parte; sólo esas luces fantásticas de fuera penetran por la ventana y atraviesan las cortinas de guipur con flores blancas cuyos arabescos proyectan en las paredes y en los objetos.

El runrún familiar de la cocina de carbón es el primero que renace, y el pequeño disco rojizo de la puertecilla a través de la cual se ven caer de vez en cuando carbones incandescentes; el agua empieza a silbar en el hervidor de hierro esmaltado blanco con un desportillado cerca del pitorro; el despertador, sobre la chimenea negra, vuelve a hacer tictac.

Sólo entonces Élise nota una molestia sorda en el vientre y se ve a sí misma; sabe que se ha dormido, sentada en la silla en una postura incómoda, delante del fogón, sin soltar el

PEDIGRÍ

trapo de secar los platos. Sabe dónde está, en el segundo piso del edificio Cession, en medio de una ciudad muy activa, no lejos del pont des Arches, que separa esa ciudad de los suburbios, y siente miedo, se levanta temblorosa y jadeante, y después, para tranquilizarse con gestos cotidianos, echa carbón al fuego.

—Dios mío...—susurra.

Désiré está lejos, en el otro extremo de la ciudad, en su oficina de la rue des Guillemins, y tal vez ella dé a luz, sola, mientras los paraguas de centenares, miles de transeúntes seguirán entrechocando por las aceras relucientes.

Su mano hace el gesto de coger las cerillas junto al despertador, pero no tiene paciencia para retirar el globo lechoso de la lámpara de petróleo, y luego el cristal, levantar la mecha; está demasiado asustada. No tiene ánimos para guardar en el armario los pocos platos que hay en la cocina, y sin mirarse al espejo se pone el sombrero de crepé negro, el que aún le queda del luto de su madre. Se enfunda el abrigo de cheviot negro, que también es un abrigo de luto y ya no le cierra, que tiene que sujetar para cruzarlo sobre su vientre abombado.

Tiene sed. Tiene hambre. Algo le falta. Siente como un vacío, pero no sabe qué hacer, huye de la habitación, mete la llave en el bolsito.

Estamos a 12 de febrero de 1903. Una lámpara silba y escupe en la escalera su gas incandescente, porque en la casa hay gas, pero no en el segundo piso.

En el primero, Élise ve luz debajo de una puerta; no se atreve a llamar, ni se le ocurre. Allí viven unos rentistas, los Delobel, unos que juegan a la Bolsa, una pareja egoísta que se cuida mucho y pasa varios meses al año en Ostende o en Niza.

Una corriente de aire en el pasillo estrecho, entre dos tiendas. En los escaparates de la tienda Cession, docenas de sombreros oscuros y, en el interior, personas fuera de su ambiente

que se miran en los espejos y no se atreven a decir que están satisfechas con su imagen, y la señora Cession, la casera de Élise, con un traje de seda negro, adornos de blonda negra, un camafeo y un reloj con cadena colgado del cuello.

Cada minuto pasa un tranvía, los verdes que van a Trooz, a Chênée o a Fléron, los rojos y amarillos que hacen la circunvalación de la ciudad.

Unos buhoneros pregonan a gritos la lista de los números ganadores de la última lotería y otros vociferan:

—¡La baronesa de Vaughan, diez céntimos! ¡Compren el retrato de la baronesa de Vaughan!

Es la amante de Leopoldo II. Al parecer, su mansión comunica a través de un subterráneo con el palacio de Laeken.

—¡Compren la baronesa de Vaughan...!

Desde que tiene memoria, Élise recuerda la misma sensación de pequeñez; sí, se siente muy pequeña, muy débil, indefensa, en un universo demasiado grande que no le hace ningún caso, y sólo puede balbucir:

—Dios mío...

Se ha dejado el paraguas. No tiene ánimos para subir a buscarlo y unas gotitas finas se posan en su cara redonda de niña del norte, en sus cabellos rubios y rizados de flamenca.

Para ella, todo el mundo es impresionante, incluso ese hombre con levita, tieso como un maniquí, con el bigote engominado y el cuello postizo alto como un puño de camisa, que camina arriba y abajo iluminado por el globo de una tienda de confección. Tiene los pies helados, siente frío en la nariz y tiene los dedos helados. Entre la multitud que pasa por la acera, su objetivo son las madres que llevan a un chiquillo de la mano. Tiene los bolsillos llenos de cromos, de adivinanzas ilustradas: «Buscad al búlgaro».

Es un día frío. Llueve. Hace un tiempo pegajoso.

Al pasar por delante del sótano enrejado de Hosay, de donde salen tan buenos olores, le llega una vaharada caliente de chocolate. Élise camina deprisa. No siente dolor, pero

PEDIGRÍ

está segura de que el trabajo del parto ya ha empezado y de que no dispone de mucho tiempo. Se le ha desprendido una liga. La media se desliza. Un poco antes de la place Saint-Lambert, entre dos tiendas, se abre un callejón estrecho que siempre está oscuro; entra precipitadamente y apoya el pie en un guardacantón.

¿Está hablando sola? Sus labios se mueven.

—¡Dios mío, ojalá que me dé tiempo!

Y al remangarse la falda para sujetar la liga, se queda inmóvil: en la sombra donde penetra un reflejo de la rue Léopold hay dos hombres. Dos hombres cuya conversación ella sin duda ha interrumpido. ¿Se esconden? No sabría decirlo, pero confusamente nota algo turbio en su actitud. Sin duda esperan en silencio que se vaya esa atolondrada que ha entrado corriendo y sin mirar para subirse la media y que ahora está a dos metros de ellos.

Élise apenas los mira; ya se bate en retirada, pero le viene a los labios un nombre:

—Léopold...

Ese nombre ha debido de pronunciarlo en voz baja. Está segura, o casi, de haber reconocido a uno de sus hermanos, Léopold, al que hace mucho tiempo que no ve: la espalda ya encorvada a los cuarenta y cinco años, la barba negrísima, los ojos brillantes bajo unas cejas muy pobladas. Su compañero es muy joven, un niño, imberbe, aterido en esa tarde de febrero, en medio de la corriente de aire del callejón. No lleva abrigo. En el rostro una mueca, como si estuviera conteniéndose para no llorar.

Élise se zambulle de nuevo en la multitud sin osar volverse. La liga sigue desabrochada y eso le da la sensación de andar coja.

—Dios mío, sólo te pido que... ¿Y qué hacía allí mi hermano Léopold?

En la place Saint-Lambert, las lámparas más numerosas y brillantes del Grand Bazar, que no para de crecer y que ya ha

devorado dos manzanas de casas. Los bellos escaparates, las puertas de cobre que se deslizan sin ruido y ese hálito caliente, tan especial, que llega hasta la mitad de la acera.

—¡Compren la lista de los números premiados en la lotería de Bruselas!

Por fin divisa unos escaparates de un lujo más discreto, los escaparates de L'Innovation, con tejidos de seda y de lana. Entra. Le parece que debe apresurarse cada vez más. Sonríe, porque siempre sonríe cuando vuelve a L'Innovation; como en sueños, saluda, distinguiéndolas a duras penas, a las dependientas vestidas de negro detrás de los mostradores.

—¡Valérie!

Valérie está allí, en la sección de labores, atendiendo a una anciana, esforzándose por conjuntar las sedas de bordar; y sus ojos, al ver la cara asustada de Élise, dicen a su vez:

—¡Dios mío!

Pues las dos son iguales, todo las asusta y siempre se sienten demasiado pequeñas. Valérie no se atreve a darle prisas a la clienta. Ha comprendido. Ya está buscando, busca con la mirada en la caja central al señor Wilhems, el jefe, con sus zapatos lustrados que crujen y sus manos tan cuidadas.

Tres o cuatro secciones más allá, en la de las canastillas, está Maria Debeurre; mira a Élise y desearía hablarle; ésta última, muy erguida dentro de sus ropas de luto, se aferra con la punta de los dedos al mostrador. El calor húmedo de la tienda se le sube a la cabeza. El olor dulzón de las telas, los madapolanes, las sargas, y el olor más sutil de todas las bobinas y los carretes sedosos de colores pálidos la marean, así como el silencio pesado que reina en los pasillos.

Le parece que se le forma un surco junto a las aletas de la nariz, que las piernas no la sostienen, pero una sonrisa triste permanece estampada en sus labios y de vez en cuando saluda discretamente a unas dependientas que están muy lejos y de las cuales sólo distingue, a través de una niebla luminosa, el vestido negro y el cinturón de charol.